

RECUERDOS IMPRECISOS DEL VIAJE A CHILE

||||| EFRAÍN OVANDO SHELLEY |||||

No es lo que fue sino el recuerdo de lo que vi. No es la realidad sino otra realidad, una nueva realidad: lo que quise, lo que pude recordar de lo que quise y pude ver.

CAMINO A DICHATO

Íbamos por una carreterita angosta muy sinuosa, con pinos, muchos pinos a ambos lados. Atravesamos bosques cultivados: junto a las arboledas tupidísimas vimos cuadrángulos peñones en medio del cerro y junto a estos pedazos yermos había otros de igual tamaño pero con pinitos chiquitos y luego otros con pinos más crecidos, y así hasta llegar al bosque tupido de árboles maduros en espera de la tala. Bosques cultivados que gustan y disgustan al mismo tiempo y que se extienden hasta donde uno alcanza a ver y más allá.

El camino primero nos llevó, curva tras curva, hasta los altos y de ahí, nuevamente las curvas y vueltas, virajes muy agudos cuesta abajo rumbo a la costa. En un momento dado la carretera acompaña a un río, corre a su lado por la margen derecha. Saliendo de una de las tantas curvas, el camino cruza al río pasando un puente. El paisaje ahí sigue estando dominado por los grandes árboles ya no cultivados sino silvestres, árboles libres. Dan una sombra amable, cada vez más amable

conforme se acerca el mediodía. Arriba el azul y abajo el río que cruzamos y más abajo pastizales que se han apoderado del cauce, en esas fechas casi seco.

El coche se detiene, vuelvo en mí, regreso de cavilaciones inútiles. Atrás de mí, un poco hacia la derecha, abajo, en el cauce seco, hay algo que no corresponde con el entorno. Estamos parados casi exactamente a la mitad del puente. Veo los árboles, los pastos, el zacate, el cielo azulísimo y también veo eso.

Primero pensé, medio dormido, que aún soñaba, luego que eso era alguna otra cosa. En el coche veníamos tres: Felipe, Paulo y yo. Mis compañeros también lo veían y del otro coche que nos acompañaba bajaron otros tres colegas, que también observaban aquello y además le tomaban fotos. Uno caminó por la orilla y se acercó para tener un mejor ángulo.

Cuando finalmente me acerqué pude ver veinte o treinta hombres uniformados que se acercaban a la cosa esa con cables, garruchas, poleas y otras herramientas de diferentes tipos. Eran empleados de una compañía minera del norte de Chile y habían llegado hasta ese lugar haciendo trabajo voluntario. Evidentemente su misión era desatascar aquello.



La escena era verdaderamente insólita: el bosque, el riachuelo casi seco, el sol pegando a plomo y los hombres que se organizaban para acometer su tarea. Los vimos un rato y aún llenos de azoro seguimos adelante. Faltaban como 15 km para llegar a la costa, ya no nos quedamos para ver cómo los empleados de la compañía minera del norte de Chile desatascaban, desencallaban, ese barco pesquero que la marejada, en su furia, condujo hasta esa parte del bosque, calculo que a más de 12 m por arriba del nivel del mar. En las fotos que tomé alcancé a distinguir que el barco, de unos treinta metros de eslora, se llamaba El Extraviado.



Más adelante, conforme nos acercamos a la costa vimos como cuatro o cinco pesqueros más, atorados en la hierba a ambos lados del río, transportados por la furia del tsunami que siguió al gran temblor del 27 de febrero de 2010.

DICHATO

Caminamos un ratote, andamos algunas horas, con el sol de compañía. Ni una nube, ni brisa. Así anduvimos viendo las casas derruidas, las pocas casas que quedaban en pie.

La gente deambulaba entre las ruinas de sus ruinas de casas, con la mirada extraviada, ida, fija, sin parpadear, mirada lejana. No lloraban, ¿será que de tanto llorar se les acabaron las lágrimas o será que guardaban sus lágrimas para ellos, no para que nosotros, ajenos a ellos, los viéramos llorar?

Anduvimos así, tomando fotos, mirando por debajo de las ruinas, de sus ruinas, por arriba, por los costados. Fisgoneábamos todo lo que podíamos, no sé si más allá del pudor, más allá de la curiosidad quesque científica. Fueron muchas, cientos, miles de fotos, había que registrarlo, registrar la tragedia para no olvidarla, para recordar tantas veces como quisiéramos, como aguantáramos, para recordar esas miradas, esas caras, a veces de resignación y muchas otras de enojo, de dolor, de dolor.

Con mucha dignidad y con la voz firme alguna señora nos dio las gracias por estar ahí, por ir a verlos, por verlos a ellos, por ir a verlos, por ir a ver las ruinas de sus ruinas. ¿Qué agradecen? Tal vez den las gracias por las fotos, por nuestro azoro. Les llama la atención el acento chistoso de mexicanos, el mismo acento de Pedro Infante en esas películas que también ellos vieron. Agradecían, creo yo, que esos mexicanos los hayamos ido a ver desde tan lejos porque quizá tenían así la oportunidad de compartir su dolor y alejar de esa manera la idea del olvido.

Los militares mientras tanto, los milicos como le dicen ellos a los zardos, ellos, los militares observaban imperturbables el ir y venir de las señoras, de los niños, de los hombres angustiados. Nada

más los veían, los miraban pasar mientras acariciaban sus fusiles sin moverse de sus puestos. Estaban vigilando, nomás vigilando.

Dichato es una pequeña población costera, un bello puerto cuya bahía no evitó que la marejada del tsunami lo golpeará. Dichato, sus cuatro o cinco mil habitantes, lo perdieron todo. La destrucción ahí fue casi total y a pesar de ello sólo hubo de lamentar dos muertes. Uno de ellos, un viejito que se negó a salir de su casa cuando los habitantes del pueblo buscaron refugio en las partes altas que rodean la bahía. El otro tropezó y se golpeó en su huida. Ya no alcanzó a ver el desastre.

COBQUECURA

Conocimos a un muchacho que nos guió y nos mostró el desastre, una partecita del desastre. Nos llevó a donde había una gran nube de polvo en medio de veinte mil lágrimas.

Curioso, la humedad salobre de esas lágrimas evitó que aquella inmensidad hecha añicos volara por completo. Vimos adobes derruidos convertidos en montones de tierra seca, apilada en donde antes estuvo una cocina o una sala de estar. Vimos la mezcla, el batidero horrendo de objetos destruidos: ahí estaba la estufa aplastada, la ropa vuelta trapo, los trapos derruidos, hoy guiñapos, antes ilusiones y todavía antes de eso, promesas, también prejuicios requisitados en ocasiones con sonrisas.

El mediodía sin sombra. De eso recuerdo el canto lejano de unos niños que, tomados de la mano, corrían por un parque lleno de polvo, dándole la espalda a la tragedia.

Cobquecura es la población más cercana al epicentro. La gran mayoría de las construcciones son de adobe y son un testimonio de la arquitectura vernácula tradicional de Chile. Son pocos los sitios donde se conservan esos métodos constructivos. En Cobquecura hay vestigios de construcciones prehispánicas de más de dos mil años de antigüedad. Se nos dijo que sus antiguos pobladores comerciaron y se interrelacionaron con los Incas. Buena parte del testimonio arquitectónico de Cobquecura se destruyó. 🏠